

ÍNDICE

Introducción, *Xavier Montagut* 7

PRIMERA PARTE

MOVIMIENTOS SOCIALES INDÍGENAS Y CAMPESINOS: SURGIMIENTO, RECLAMACIONES E INCIDENCIA POLÍTICA

- I. ¿Por qué la agricultura campesina? Agroecología, movimientos sociales y políticas a favor de la Soberanía Alimentaria, *Miguel A. Altieri* 27
- II. Reforma Agraria, desarrollo rural y etnicidad en los Andes Septentrionales (1960-2005), *Víctor Bretón* 43
- III. Bolivia: movimientos sociales campesinos e indígenas en el gobierno de Evo Morales (2006-2009), *Fernando Mayorga* 77

SEGUNDA PARTE

NUEVAS POLÍTICAS AGRARIAS EN AMÉRICA LATINA: ¿HACIA LA SOBERANÍA ALIMENTARIA?

- IV. Transición hacia la agricultura sostenible en Cuba, *Fernando R. Funes Monzote* 99

- V. La «revolución agraria» de Evo Morales: desafíos de un proceso complejo, *Miguel Urioste* 135
- VI. Constituyente, gobierno de transición y Soberanía Alimentaria en Ecuador, *Juan Pablo Muñoz* 151
- VII. Políticas agropecuarias en el marco del ALBA: en busca de la Soberanía Alimentaria, *Alberto Montero Soler* 169
- VIII. Entrevista a Peter Rosset: una visión de las políticas agrarias en América Latina, *Xavier Montagut, Jordi Gascón y Natalia Riera* 193

TERCERA PARTE
A MODO DE REFLEXIÓN FINAL

- IX. ¿Del paradigma de la industrialización al de la Soberanía Alimentaria? Una comparación entre los gobiernos nacionalistas latinoamericanos del siglo XX y los pos-neoliberales a partir de sus políticas agrarias, *Jordi Gascón* 215
- Información sobre los autores 261

INTRODUCCIÓN

Xavier Montagut

La Soberanía Alimentaria como estrategia

Desde que apareció por primera vez el concepto de Soberanía Alimentaria en el marco del foro alternativo a la Cumbre Mundial de la Alimentación organizada por la FAO en 1996, la Soberanía Alimentaria ha sido un concepto emergente que ha ido progresivamente ganando espacio en las diferentes agendas sociales y políticas.

En primer lugar, ha permitido el desarrollo de toda una estrategia de lucha en torno a ella. Viejas reivindicaciones como la reforma agraria, cosmovisiones como las de los pueblos originarios o la defensa de las fuentes de vida (tierra, agua) y de la propia vida (biodiversidad), han encontrado en el paradigma de la Soberanía Alimentaria su acomodo. Los viejos saberes campesinos y alimentarios enraizados en una pluralidad de ecosistemas que los principios de la agroecología revaloriza, dan coherencia teórica a un «modo de producción campesino» que es central en el concepto de Soberanía Alimentaria. El derecho universal a unos alimentos sanos, nutritivos y adecuados culturalmente, producidos de forma respetuosa con la naturaleza, y permitiendo vivir dignamente a todos lo que participan en el proceso alimentario, marcan un objetivo a la lucha. Reivindicación que se enfrenta al actual control del sistema alimentario por parte de un puñado de multinacionales guiadas por el objetivo de maximizar los beneficios, y le contrapone, como factor central de la estrategia, la recuperación del control de la alimentación por parte de productores y consumidores (La Vía Campesina, 2003).

Esta concepción poliédrica de la Soberanía Alimentaria, que ha permitido hilvanar en torno de ella toda una estrategia de lucha, explica que hoy sea la bandera unificadora de millones de campesinas y campesinos del sur y del norte, del este y del oeste, agrupados en torno a La Vía Campesina.

La incidencia de este movimiento, que se puede considerar el más importante de la alterglobalización, es también significativa. Organizaciones no gubernamentales de desarrollo, ecologistas, feministas, de consumidores, universidades y centros de investigación, y todo tipo de asociaciones ciudadanas han recogido, con mayor o menor profundidad, la exigencia de la Soberanía Alimentaria. Hoy no hay foro de los movimientos sociales que enfrentan al neoliberalismo en donde la Soberanía Alimentaria no tenga su espacio.

En concreto, en las movilizaciones de resistencia frente a la Organización Mundial del Comercio (OMC) y los diferentes tratados de libre comercio que han ido apareciendo, la Soberanía Alimentaria y las organizaciones aglutinadas en torno a dicha exigencia han jugado un papel significativo. Han sido parte de los importantes fracasos impuestos a los planes más agresivos de la propia OMC y de algunos tratados tan significativos como el ALCA (Área de Libre Comercio de las Américas).

A un nivel más local se están desarrollando miles de experiencias productivas, miles de experiencias de comercialización y de consumo, que aparecen como espacios de resistencia y de supervivencia del modelo de agricultura campesina frente al avance del modelo agroindustrial. Constituyen la base práctica de la estrategia de la Soberanía Alimentaria, demuestran la viabilidad de sus propuestas y son la semilla sin la cual los cambios más globales no podrían fructificar (Montagut y Vivas, 2009).

La hora de la Soberanía Alimentaria

Este cúmulo de avances a la hora de crear una agenda propia, un potentísimo movimiento de resistencia y una multiplicidad de prácticas de producción, comercialización y consumo, planteaban la posibilidad y la necesidad de dar un nuevo paso. Así, más de 500 representantes de más de 80 países, pertenecientes a organizaciones de campesinos y campesinas, agricultores familiares, pescadores tradi-

cionales, pueblos indígenas, pueblos sin tierra, trabajadores rurales, migrantes, pastores, comunidades forestales, mujeres, consumidores, y de movimientos ecologistas y urbanos, se reunieron en el pueblo de Nyéléni en Selingue, Mali, en febrero de 2007, para fortalecer el movimiento global para la Soberanía Alimentaria, y vieron que era necesario y posible empezar a promover políticas públicas de Estado a su favor (Foro para la Soberanía Alimentaria, 2007).

Desde siempre la estrategia de Soberanía Alimentaria ha planteado que un nuevo modelo productivo, una economía al servicio de las personas y un control por parte de la población de su alimentación no era posible sin cambios estructurales. Y para conseguirlos las acciones de resistencia y las experiencias prácticas debían combinarse con cambios en el ámbito de las políticas públicas. Sin embargo, pasar de las luchas de resistencia a la capacidad de incidir de forma propositiva requería de una correlación de fuerzas que sólo después de importantes avances se empieza a conseguir.

La fuerza que había adquirido La Vía Campesina y sus aliados, y la crisis del modelo neoliberal, abrían espacios para la promoción de dichas políticas. El mismo mensaje enviado por Hugo Chávez, presidente de Venezuela, y Amadou Toumani Touré, presidente de Malí, a la conferencia de Nyeleni mostraba que las posibilidades existían y la necesidad de pugnar por aprovecharlas. Desde entonces, y agudizado por la crisis alimentaria de 2008, gobiernos locales, regionales y nacionales de diferentes partes del mundo han mostrado sensibilidad hacia las propuestas de la Soberanía Alimentaria. La misma Vía Campesina, en su V Conferencia realizada en 2008 en Maputo, estableció una línea estratégica, a nivel internacional y en los diferentes estados, para promover políticas públicas de apoyo a la Soberanía Alimentaria aprovechando los nuevos espacios que, percibía, se estaban abriendo (La Vía Campesina, 2008).

Sin duda donde estas sensibilidades y posibilidades se han mostrado más claramente y donde se han conseguido avances más significativos es en América Latina, y especialmente en los países pertenecientes al ALBA y a Petrocaribe.

América Latina: una situación esperanzadora

El monopolio neoliberal que caracterizaba la casi totalidad de las políticas económicas latinoamericanas durante los noventa empezó a romperse en la primera década del nuevo milenio. Cada vez más países viven cambios gubernamentales que, con sus contradicciones y limitaciones, se enfrentan a un modelo de globalización neoliberal que les ofrecía un papel dependiente en un mercado internacional que les asignaba el papel de proveedores de materias primas, incluyendo las materias primas agrarias. Cada vez más países apuestan, con mayor o menor definición y radicalidad, por nuevos modelos económicos. Y dentro de este proceso la creación de alianzas regionales como el ALBA, que opta «por la lógica de la cooperación comercial, el intercambio solidario y la complementariedad económica entre las diferentes estructuras nacionales como principios generales de su filosofía»,¹ implican que estas experiencias han entrado en la vía de la colaboración y el refuerzo mutuo, creando una situación regional excepcionalmente favorable para recuperar la soberanía nacional, incluyendo la alimentaria.

No podemos hablar de la situación de América Latina sin situar el papel de Brasil. Con razón muchos movimientos sociales y en especial el MST (Movimento dos Trabalhadores Rurais Sem Terra), una de las organizaciones con más peso en La Vía Campesina, se pueden considerar traicionados por la política agraria y económica impulsada por el presidente Luiz Inácio Lula da Silva. En muchos países, cuando el impulso de políticas a favor de la Soberanía Alimentaria topan con oligarquías agrarias, estas aparecen formadas, o estrechamente ligadas, por las oligarquías brasileñas, y sus intereses son defendidos por el gobierno de Lula. Esta defensa de los mecanismos de dominación que juega hoy Brasil en América del Sur se corresponde con sus posicionamientos en los foros internacionales, en los que regatea intereses con el imperialismo desde su papel de potente exportador de materias primas, y en ningún caso de defensa de una política relacionada con la Soberanía Alimentaria. Sin embargo, y a pesar de ello, la política de Lula significa un debilitamiento del mo-

1. Citado del artículo de Alberto Montero publicado en el presente libro.

delo único neoliberal, y refleja y a la vez refuerza una multipolar América Latina que, debilitando al imperialismo, da más espacios y posibilidades a iniciativas como la del ALBA. Brasil, a pesar de su nuevo papel de potencia dominante, frena y debilita determinadas estrategias imperialistas, e incluso en algunos casos permitiendo alianzas extremadamente útiles como fue el caso de su actitud frente al golpe de Honduras de junio de 2009.

Esta situación hace que, para los sectores que creemos que otro mundo es posible, sea de suma importancia la experiencia que se está desarrollando en América Latina. Y dentro de un nuevo modelo económico al servicio de las mayorías, el tema agrario es, a nuestro entender, absolutamente central tanto por razones teóricas como prácticas. Que sea resuelto a favor de una agricultura campesina, a favor de la Soberanía Alimentaria, será un indicador de la salud del proceso y una muestra de su robustez.

¿En qué fundamentamos estas últimas afirmaciones tan concluyentes y que han motivado la realización de este libro?. Veámoslo detenidamente.

La agricultura debe estar en el centro de un modelo sostenible y debe ser campesina

La actual crisis económica es, en esencia, el estallido de una burbuja financiera. Estamos en un modelo económico que ha llevado a que en 2007 los activos financieros fueran cinco veces mayores que el producto nacional o la renta mundial. Esta desproporción es mayor en los países ricos. En España el valor de los activos financieros era casi nueve veces el producto nacional (Montagut, 2009).

Volver a una economía «real», a una economía productiva, parece algo sensato incluso para los economistas. Pero lo que clásicamente se llama economía real, economía productiva, es una economía que sólo cuenta los flujos monetarios. ¿Y qué encontramos si analizamos desde el punto de vista de la materia y de la energía esta «economía productiva» basada en flujos monetarios?. Pues que estamos ante una economía que no produce nada nuevo; es sólo una economía extractiva. Lo que la economía monetaria llama creación de riqueza no es más que la concentración y la redistribución de la riqueza que se extrae. Seguir con este proceso nos acerca cada

vez más a lo que algunos autores han llamado la «sopa entrópica».² Continuar en un economía extractivista es una postura suicida, ya que nuestra biosfera es finita.

Una economía realmente productiva debe entender esta como un subsistema dentro de un sistema más amplio: la biosfera. Sus límites y leyes deben enmarcar una economía que realmente quiera ser sostenible. Visto así, el proceso fundamental que permite que la única fuente de energía innagotable, el Sol, se transforme en formas utilizables por la humanidad es el proceso de fotosíntesis. La fundamental actividad humana que utiliza este proceso para satisfacer sus necesidades es la agricultura. En esta nueva visión, la agricultura ha de volver a tomar un papel central en la actividad económica.

La teoría que explicaba (y que todavía se enseña en las facultades de economía) que el desarrollo de un país va paralelo a la pérdida de peso de su sector primario, es otro de los monstruos teóricos, hijos del mito del «desarrollo-crecimiento económico/-crecimiento del PIB» que nos ha regalado la visión economista dominante, una visión miope que obvia los límites de la biosfera.

Si pensamos en un modelo respetuoso con los ciclos de la naturaleza, cada vez más las materias que utilicemos, e incluso parte de la energía, tendrá que ver con los sistemas agrícolas. Los actualmente llamados agrocombustibles son la respuesta mercantil e industrializada, y que incrementa el problema en lugar de solucionarlo, a una situación real: el fin de la época del petróleo barato. La crisis ecológica devolverá una gran importancia económica a los sistemas agrícolas. Los primeros síntomas de ello ya los estamos observando: desde los agrocombustibles a las compras masivas de tierra agrícola por parte de gobiernos y multinacionales, pasando por el interés de los especuladores en los mercados de *comodities* agrícolas.

Que la agricultura retome un papel en la economía que nunca debió abandonar puede hacerse repitiendo los esquemas actuales

2. Se considera que aunque ni la materia ni la energía se destruyen, su redistribución lleva hacia una mayor entropía y que por tanto a que la posibilidad de su utilización por el ser humano disminuya aceleradamente (Naredo, 2006).

de agricultura industrializada, lo que significaría una nueva vuelta de tuerca en la insostenibilidad de un modelo que está tan cerca de sus límites que puede que no la aguante. Pero también puede ser una oportunidad para volver a dar protagonismo a los agricultores estableciendo un sistema justo y sostenible, tal como propugna la estrategia de la Soberanía Alimentaria. Que la agricultura recupere protagonismo en la economía sólo depende del ritmo con que se acaben los precios baratos de la energía y la materia no renovable. Y esto en algunos casos, como los combustibles fósiles, ya ha empezado. Esta situación significa una oportunidad, pero también un riesgo.

La actual agricultura industrial significa un deterioro medioambiental sin precedentes (Montagut y Dogliotti, 2006). Su balance energético es totalmente insostenible. Todo ello ha llevado a la paradoja que la actual agricultura industrial sea una de las causas fundamentales del cambio climático (GRAIN, 2009).

Pero igual que la agricultura es causa de los problemas, otro tipo de agricultura puede ser parte de la solución. Estamos hablando de que la agricultura campesina y la agroecología son imprescindibles si queremos parar el cambio climático y enfriar el planeta, y si queremos preservar los bienes comunes (tierra y agua) y la biodiversidad (La Vía Campesina, 2007).

El Buen Vivir empieza por una alimentación sana y suficiente

Si nos olvidamos de los mitos del desarrollismo y del crecimiento del PIB como objetivo último de la economía, y volvemos a situar en el centro, como han hecho los ecuatorianos en su nueva constitución, el Buen Vivir o Sumak Kawsay como paradigma, hemos de convenir que el derecho a una alimentación sana, suficiente y adecuada culturalmente está en el centro de los objetivos de una política económica al servicio de las mayorías.

Y ello adquiere una importancia mayor cuando el actual sistema agroalimentario se ha mostrado incapaz de alimentar a la humanidad. Los últimos informes de la FAO hablan de que ya hemos sobrepasado los mil millones de personas que pasan hambre en el mundo, con un crecimiento de casi un 20% en los últimos tres

años (FAO 2009). A ello hay que sumar que la cada vez peor alimentación de la población con poder adquisitivo ha llevado a que la obesidad sea hoy, según la Organización Mundial de la Salud, la principal enfermedad no infecciosa a nivel mundial.

Haber llegado a este punto debería ser razón suficiente para poner patas arriba las doctrinas que han estado dominando la política agrícola internacional. Sin embargo, aquellos que han estado dirigiendo el actual y fracasado sistema agroalimentario quieren volver a repetir lo que, por muy desastroso que sea, les proporciona inmensos beneficios.

Un análisis global de esta situación lo presenta GRAIN (2008) cuando escribe:

La crisis alimentaria mundial, que quienes están en el poder se apresuraron a definir con un problema de insuficiencia en materia de producción, se ha convertido en un caballo de Troya para introducir semillas, fertilizantes y, subrepticamente, sistemas de mercado en los países pobres. Lo que parece una «ayuda en semillas» en el corto plazo puede enmascarar lo que en realidad es la «ayuda para el agronegocio» en el largo plazo.

Es por ello que hemos considerado muy pertinente, frente a los cantos de sirena de la agricultura industrial y productivista, abrir este libro con el artículo de Miguel Altieri. Un artículo que defiende la potencialidad del modelo de producción campesino y su capacidad de producir alimentos de forma eficiente y respetuosa con el medio ambiente, en contraposición al del paradigma agrario dominante caracterizado, entre otras cosas, por la concentración de la tierra, el monocultivo, la vocación exportadora, la dependencia de insumos industriales y la generación de externalidades fuertemente negativas para el medio ambiente. Esa potencialidad se convierte para Altieri en el pilar fundamental a partir del cual organizar la agenda política y la lucha de los movimientos sociales campesinos e indígenas.

Pero la importancia social de la agricultura campesina va más allá de su viabilidad para proporcionar alimentos suficientes a toda la población. Paradójicamente la política agraria industrialista y el neoliberalismo han hecho que la mayoría de los hambrientos sean

agricultores arruinados y que en los sectores rurales (mayoritarios en América Latina) se encuentren los niveles de pobreza más elevados. Es por ello que una política centrada en recuperar la agricultura campesina se convierte en un potente instrumento de lucha contra la pobreza y para la subsistencia de millones de campesinos. Además la producción campesina constituye un modo de vida ligado intrínsecamente a las diferentes culturas, incluyendo las originarias, que de formas diversas recogen sabidurías milenarias constituyendo un modo de vida capaz de gestionar de forma armónica el territorio, y con ello las fuentes de vida: agua, tierra y biodiversidad. Preservar la multifuncionalidad de la agricultura campesina es también un motivo para que los procesos que se están dando en Latinoamérica sean muy importantes para todos los que queremos otro mundo.

Democratización de la economía y Soberanía Alimentaria

Criticamos al actual modelo económico por su supeditación a la obtención del máximo beneficio de unos pocos accionistas que controlan, a través de las grandes multinacionales, el mercado mundial. Por ello defendemos, en el terreno de las alternativas, que la economía debe supeditarse a las necesidades humanas, a los intereses de las mayorías sociales.

El modelo actual disfraza, detrás de una fe casi religiosa en unas supuestas leyes de mercado, el verdadero control por parte de unos pocos de la economía mundial. Un modelo que prime las necesidades humanas ha de propiciar el control de la economía por las mayorías sociales, promoviendo que estas se expresen de forma democrática y participativa. Desde este punto de vista la estrategia de la Soberanía Alimentaria aporta una concreción y un desarrollo de esta visión a un tema como el de la alimentación, la agricultura y la gestión del territorio. El control de la alimentación por parte de la población, de los agricultores y de los consumidores es el núcleo de la estrategia de la Soberanía Alimentaria. Se sitúa así como avanzadilla en el desarrollo de uno de los paradigmas de otro mundo a construir.

La importancia de la democratización en la agricultura tiene sus bases en una amplísima y riquísima realidad campesina en todo el

mundo. Hoy todavía es la pequeña agricultora la que nos alimenta. De los 450 millones de establecimientos agrícolas del mundo, el 85% ocupa menos de 2 hectáreas. Son las mujeres y los hombres que practican esta pequeña agricultura los que cuidan y mejoran las semillas. Por lo menos 1.400 millones de personas dependen de las semillas guardadas de una cosecha a otra y mejoradas localmente.

Ellas son la base de la medicina. Aproximadamente el 70% de la población mundial depende de medicamentos tradicionales, basados en hierbas locales, para buena parte del cuidado de su salud. Las ventas mundiales de medicamentos, acaparados en su mayoría por diez multinacionales, basan gran parte de sus patentes en la apropiación privada de los conocimientos tradicionales de la gente del campo.

Para la mayoría de la población mundial, los cultivos mejorados por los agricultores y los medicamentos tradicionales son mucho más accesibles y asequibles. Son diversos, se encuentran libres de patentes, y están descentralizados y adaptados a miles de condiciones culturales, ambientales, climáticas y geográficas. Las comunidades campesinas son las que tienen la mano de obra, los recursos, el conocimiento y la potencialidad para sostener prácticas agroecológicas. Ellas son capaces de alimentar de forma saludable a todo los habitantes del planeta y conservarlo. Esa es la gente que puede adaptar la agricultura a condiciones climáticas extremas. Son los verdaderos expertos en las «ciencias de la vida», y son su ciencia y sus tecnologías las que merecen apoyo y reconocimiento.

Es por eso que desarrollar esta agricultura campesina implica devolverles el protagonismo y la soberanía, así como la capacidad de determinar las políticas públicas a favor de su modo de vida.

La agricultura campesina, a la vez que es portadora de esta gran riqueza y potencialidad, es el modo de vida de la mayoría de la población mundial que está siendo agredida por la agricultura industrial y que está destruyéndola. La defensa por parte de millones de campesinas y campesinos de su propia subsistencia ha generado un movimiento amplísimo de resistencia. Es por ello que recuperando el control de lo que producen y como lo producen, democratizando la agricultura, el movimiento campesino y sus organizaciones son, a la vez que los principales protagonistas de la Soberanía Alimentaria, sus principales garantes.

Reflexiones sobre la acción y para la acción

Consideramos a los movimientos sociales en general, y a las organizaciones campesinas en particular, como sujetos, motor y garante de la Soberanía Alimentaria. Este es el vector central de los trabajos que conforman el libro: la relación de estos movimientos sociales con la esfera pública.

Para ello hemos contado con la colaboración de diferentes investigadores que, a su capacidad de reflexión sobre las temáticas que aborda el libro, unen su condición de activistas vinculados de una u otra forma a los movimientos sociales y a los procesos de cambio que se están viviendo en América Latina. Ello, además de frescor y conocimiento de causa, da al libro una visión política. Y es que por dónde avanzar y qué estrategias utilizar son temas recurrentes en el libro. Estos aspectos, en un momento tan contradictorio e incipiente como el actual, dan al libro un especial interés para los que nos situamos como activistas a favor del cambio social y ecológico.

El libro presenta el nuevo contexto que vive el subcontinente a partir de las nuevas propuestas gubernamentales de cambio en el paradigma agrario, mostrando también las limitaciones y contradicciones con las que se enfrentan, que no son pocas. Y como ya hemos señalado, evidenciando el rol que en el proceso están jugando las organizaciones sociales campesinas e indígenas.

Precisamente este último punto es el tema central de la primera sección (*Movimientos sociales indígenas y campesinos: Surgimiento, reclamaciones e incidencia política*). Así, tras el inicio con el ya citado artículo de Miguel Alteiri, Víctor Bretón nos explica, centrándose en el caso ecuatoriano, la formación y desarrollo de los movimientos campesinos e indígenas en las últimas décadas. El artículo muestra cómo estos movimientos fueron adecuándose al paso del paradigma económico desarrollista, característico de las décadas centrales del siglo pasado, al neoliberal. Su presentación termina antes de iniciarse el nuevo giro político-económico que supone la subida al poder de un gobierno, el de Rafael Correa, que se presenta como anti-neoliberal. Este análisis histórico, es especialmente pertinente para analizar los riesgos que una relación poco crítica con determinados gobiernos puede suponer de cooptación

del liderazgo y de debilitamiento del carácter alternativo y movilizador de las organizaciones indígenas y campesinas. Temática, por cierto, que reaparece en otros artículos del mismo libro.

El artículo de Fernando Mayorga recoge el testigo en el punto que lo ha dejado Victor Bretón. Y lo hace en el contexto donde la relación entre movimientos sociales y gobierno es más próxima y, quizás, más avanzada: la Bolivia actual. Con Evo Morales, Bolivia cuenta con un gobierno encabezado por un líder histórico de los movimientos campesinos e indígenas, situado ahí por dichos movimientos, a los que les debe su fuerza y ante los que está obligado a rendir cuentas. Sin embargo, la proximidad de Evo Morales con los movimientos sociales (es fundador de La Vía Campesina) no resuelve por sí sola la correlación de fuerzas necesaria para impulsar los cambios. La fuerza política, económica e institucional, y el apoyo internacional por parte de los poderosos del planeta, de los sectores opuestos a los cambios, ha llevado a complejas circunstancias que han limitado las propuestas del gobierno. Los movimientos sociales se han encontrado, y más dada su propia diversidad, en la tesitura de combinar el apoyo, la crítica y hasta la confrontación con la acción del gobierno. Mayorga analiza el equilibrio cambiante entre esta acción de gobierno y las reclamaciones de los movimientos sociales.

La segunda parte del libro (*Nuevas políticas agrarias en América Latina: ¿Hacia la Soberanía Alimentaria?*) entra en el debate de las políticas agrarias de los nuevos gobiernos nacionalistas. Y qué mejor lugar para empezar el análisis que en torno a la experiencia cubana, que sigue siendo la más sólida de anti-imperialismo y de voluntad de servicio hacia las mayorías sociales en Latinoamérica, y por tanto, un referente obligado para la izquierda con voluntad transformadora.

En el análisis de su política agraria se centra el artículo de Fernando Funes Monzote. El autor explica el radical cambio a favor de una agricultura independiente de insumos externos y dirigida a producir alimentos para el mercado interno que protagonizó Cuba tras el debacle económico que supuso la caída del bloque socialista. Pero a la vez demuestra la insuficiencia de un modelo de sustituciones de insumos y la necesaria implicación social y profundización de sistemas integrados de producción basados en perspectivas

agroecológicas. El viraje de la agricultura cubana, después de la caída del bloque socialista, que sabiendo hacer de la necesidad virtud rompió durante el Período Especial con siglos de producción agraria centrada en el monocultivo para la exportación avanzando en una línea de autonomía agrícola, es visto en su debilidad en la entrevista a Peter Rosset. Rosset analiza como esa tendencia sufrió un retroceso entre 2005 y 2008 haciendo que las importaciones de alimentos crecieran de 100 millones a 1.000 millones, lo que llegó a deprimir la agricultura cubana. Apunta que la vuelta a la senda de la Soberanía Alimentaria a partir de 2008, en que la crisis de los precios alimentarios internacionales puso en evidencia el peligro de la vía dependiente, se ve posibilitada y reforzada, y su continuidad garantizada, en la medida que la nueva postura del gobierno de Raúl Castro se combine con el reforzamiento que dentro de la ANAP ha tenido el «Movimiento Agroecológico de Campesino a Campesino». Un movimiento que en sólo diez años ha incorporado ya a más de una tercera parte de las familias campesinas del país. De nuevo la necesidad de un enfoque agroecológico más consecuente ligado a una participación de las organizaciones de base campesinas se convierte, como el análisis de Fernando Funes Monzote señala, en un elemento esencial para el avance de la Soberanía Alimentaria en Cuba.

Pero donde, al menos formalmente, el concepto de Soberanía Alimentaria surge y se define como modelo agrario prioritario es en países como Venezuela, Ecuador o Bolivia. Así se explicita en sus nuevas constituciones y normativas legislativas posteriores.

Miguel Urioste para el caso de Bolivia y Juan Pablo Muñoz para el de Ecuador analizan las políticas agrarias de los nuevos aparatos constitucionales y legislativos con el que estos dos países se han dotado, las posibilidades que este nuevo marco ofrece para la aplicación de políticas agrarias campesinistas, y el rol jugado por los movimientos sociales y campesinos en el proceso.

En el caso de Bolivia el artículo ilustra detalladamente todas las fuerzas que se oponen a un avance en la Soberanía Alimentaria y los equilibrios que tiene que hacer el gobierno, marcado por la correlación de fuerzas existentes.

En el caso de Ecuador la situación es todavía más compleja. Ni Correa es un líder surgido de los movimientos sociales, si bien no

es ajeno a su agenda, ni el partido Movimiento País tiene un origen popular y campesino como sí ocurre con el boliviano Movimiento al Socialismo (MAS). En el seno del Movimiento País conviven fuerzas favorables a la Soberanía Alimentaria y fuerzas contrarias. El carácter contradictorio, y digamos en pugna, tanto del gobierno de Ecuador como del propio Movimiento País se evidencian en su política alrededor del sector extractivo. Así junto a una novedosa propuesta que defiende dejar en el subsuelo el mucho petróleo que yace bajo el Yasuní, nos encontramos con una ley de minería en abierta contradicción con la Soberanía Alimentaria y que es la continuación de una política gubernamental de concesiones mineras a empresas extranjeras. Y en este tema los planteamientos ideológicos de Correa son similares a los de Hugo Chávez; si bien intentan beneficiar a la población con las rentas del extractivismo, no sólo no lo consideran un sector que debe ser controlado y progresivamente desplazado en un proceso de transición hacia otro modelo más sostenible, sino que aceptan el modelo desarrollista que, utilizando su propia terminología, «arruina los recursos naturales» y se enfrenta a quienes los mantienen: campesinos e indígenas.

Esta situación de espacio en pugna en el propio gobierno y en el propio Movimiento País complica mucho el trabajo en pos de la Soberanía Alimentaria, como analiza Juan Pablo Muñoz en su artículo, y dificulta una resolución positiva de los debates que, al menos en parte, dividen hoy a los movimientos sociales, indígenas y campesinos de Ecuador. Todo ello le lleva a concluir que hoy la Soberanía Alimentaria es «un destello importante que todavía no logra convertirse en un claro destino para el país».

Una conclusión parecida podría desprenderse del artículo de Alberto Montero, que estudia las propuestas agrarias que se están manejando dentro del espacio de integración regional ALBA-TPC (Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América - Tratado de Comercio de los Pueblos), espacio conformado por Cuba y países emergentes en los que se están planteando políticas de carácter nacionalista. Quizás cuando se observa la situación desde una perspectiva regional se ve con mayor claridad los obstáculos políticos, sociales y económicos que significa colocar a la agricultura campesina, a la Soberanía Alimentaria, como para-

digma central del quehacer económico. Es de resaltar que sólo con la incorporación de la Bolivia de Evo Morales el tema se aborda en estos espacios regionales, que empieza a tener un impulso con la crisis alimentaria (una vez más es cuando el tema alimentario afecta a las capas urbanas cuando aumenta la sensibilidad política), y que propuestas novedosas en el terreno comercial como la creación de empresas «granacionales» de productos alimentarios no están exentas de contradicciones al recurrir a compras en los que los precios priman sobre los principios de la Soberanía Alimentaria.

Si el libro empieza con un artículo de Miquel Altieri sobre la potencialidad de la agricultura campesina, si el papel de los movimientos campesinos y sus organizaciones ha estado presente en todos los análisis, que mejor colofón para esta segunda sección que la voz de alguien tan cercano al trabajo de La Vía Campesina en América Latina como Peter Rosset para darnos una visión general de la situación desde el punto de vista de las organizaciones campesinas y de su pugna por avanzar en la Soberanía Alimentaria. En la entrevista que se le plantea hace un repaso de las políticas agrarias latinoamericanas, mostrando su complejidad y limitaciones, profundizando y completando muchos de los artículos anteriores, y sobre todo aportando una visión muy próxima al principal actor en toda esta lucha: La Vía Campesina.

El artículo de Jordi Gascón, que a modo de reflexión final ocupa la última sección del libro, busca dar otra perspectiva de las políticas agrarias de los nuevos gobiernos nacionalistas al compararlas con las que plantearon los gobiernos nacionalistas del pasado siglo, durante la llamada Era de las Reformas Agrarias, y situar como un elemento central de la nueva coyuntura el diferente papel que juegan actualmente los movimientos sociales campesinos, mucho más fortalecidos y con una agenda política propia, la Soberanía Alimentaria. El cúmulo de reflexiones que nos aporta el libro se ve complementado con una comparativa que, tomando carrerilla desde el pasado, permite mirar un poco más lejos.

En definitiva, se trata de un libro que quiere reflexionar en el análisis de cómo avanzan las políticas públicas a favor de la Soberanía Alimentaria en una situación de transformación incipiente, en donde pugnan fuerzas claramente adversas en todos los terrenos y

en el que los movimientos sociales tienen una difícil tarea de apoyo, presión y reivindicación a unos gobiernos y unas alianzas regionales no exentas de contradicciones. Un proceso que, en toda su complejidad, aporta una esperanza de que haya empezado la hora de la Soberanía Alimentaria.

El presente libro quiere analizar este proceso, pero también transmitir dicha esperanza. Parafraseando un lema de La Vía Campesina, pretende ayudar a «globalizar esta esperanza para globalizar su lucha».

Bibliografía

- FAO (2009), *El Estado de la Inseguridad Alimentaria en el Mundo 2009. Crisis económicas: repercusiones y enseñanzas extraídas*. Roma.
- FORO PARA LA SOBERANÍA ALIMENTARIA (2007), «Declaración de Nyéléni». Nyéléni, Selingue, Mali. Accesible en: www.nyeleni.org/spip.php?article291
- GRAIN (2008), «Ayuda en semillas, agroempresas y crisis alimentaria» *Biodiversidad y Cultura* 58 (octubre). Accesible en www.grain.org/biodiversidad/?type=45
- (2009), «El fracaso del sistema alimentario transnacional» *Biodiversidad y Cultura* 62 (octubre). Accesible en: www.grain.org/biodiversidad/?id=455
- LA VÍA CAMPESINA (2003), «Qué es Soberanía Alimentaria». Accesible en: www.viacampesina.org/main_sp/index.php?option=com_content&task=view&id=343&Itemid=38
- (2007), *Los pequeños productores y la agricultura sostenible están enfriando el planeta*. Documento de Posición de La Vía Campesina. Accesible en: www.viacampesina.net/downloads/PAPER5/SP/paper5-SP.pdf
- (2008) «Vía Campesina celebrará su V Conferencia Internacional». Accesible en: www.viacampesina.org/main_sp/index.php?option=com_content&task=view&id=579&Itemid=67
- MONTAGUT, X. (2009), «Entrevista sobre Soberanía Alimentaria» *Revista Hika*, Bilbao.

- MONTAGUT, X. y F. DOGLIOTTI, *Alimentos globalizados: soberanía alimentaria y comercio justo*. Barcelona: Icaria.
- MONTAGUT, X. y E. VIVAS (2009), *Del campo al plato: los circuitos de producción y distribución de alimentos*. Barcelona: Icaria.
- NAREDO, J.M. (2006), *Raíces económicas del deterioro ecológico y social: más allá de los dogmas*. Madrid: Siglo XXI.